

## ÍNDICE

Agradecimientos .....	11
Prólogo. El miedo al paraíso .....	15
Introducción .....	17
Escuela de calor .....	21
Instrumental .....	29
El sitio de mi recreo .....	43
Nuestros nombres.....	57
Vístete .....	63
Te doy una canción.....	73
Laboratorio mágico.....	95
Más dinero .....	109
Tocaré .....	121
<i>Rock and roll star</i> .....	159
Las chicas de las canciones .....	175
Chilaba y cachimba .....	185
La mirada del adiós.....	205
Maneras de vivir.....	209
Bibliografía .....	215

## ADVERTENCIA

Este libro está escrito para ser leído  
de la misma forma en que se escucha un disco:  
de tirón, o capítulo a capítulo, como si fueran canciones sueltas.

### TELEGRAMA SAM (1992-2003)

Alberto Cueto: Cantante

Javi Herrero: Guitarra

Txema Eirós: Guitarra y bajo

“Taru” Yáñez: Batería

Borja “Ori”: Bajo (1992-1995)

Álex Ron, “Gafis”: Armónica, saxo y coros (1993-2002)

“Pontxo” Isasti: Bajo (1995-1996). Guitarra (1999-2003)

Santi Ron: Bajo (1996-1999)

Javi Ron: Teclado (1999-2000)

## PRÓLOGO

### EL MIEDO AL PARAÍSO

No todo el mundo está a disgusto. A muchos les vale lo que les viene dado, son de buen conformar. Los otros, los que se meten en charcos, suben los montes, se apalancan en los bares sin parar de hablar y creen que hay que vivir cada minuto porque si detienen el pedaleo se caen, tienen que encontrar la clave que abre el candado del otro mundo, que se parece a este, pero solo un poco, por fuera.

Un miembro de un grupo llamado Placebo decía con razón: “Solo tienes que meterte en una banda de *rock & roll*, a partir de ese momento puedes hacer lo que quieras, nadie te dará el coñazo”.

Así es. Como cuenta el propio autor en este libro, el rock no es una música, es un modo de vida, y puedo asegurar, por la experiencia que he tenido en el tema, que es cierto, y por esa razón he prolongado mi inmersión en ese planeta durante más de cuarenta años. Si eres músico te puedes saltar todas las convenciones, te van a respetar las extravagancias, los excesos y, además, tus allegados más convencionales te van a eludir, todas aquellas personas que te quieres quitar de encima, y no sabes cómo, te dan la espalda, retiran el saludo, dejan de dirigirte la palabra: todo es para bien.

También hay músicos que lo dejan, dirán algunos, y es cierto, hay gente que se reintegra, pero es porque tiene vocación de estrella y no puede soportar ser un segundón. No supera el hecho de que su tiempo pasó o que el éxito no llega. Pero aquí no estamos hablando de éxito, de

ventas, de fama, de productividad, ni de postureo mediático que es lo que recibe “el personal de fuera” del mundo de la música. Aquí hablamos de “maneras de vivir”. De espacios de libertad, y sí, aunque parezca absurdo, la mayoría de la gente renuncia a lo mejor que tiene, a lo que verdaderamente es, a cambio de nada. Bueno, tampoco hay que insistir mucho, que se piren, así hay más sitio para los demás.

Hay dos cuestiones claras. Una, los músicos, cuando están currando, siempre están contentos. Es el único oficio donde se está más feliz en el puesto de trabajo que fuera. Y la segunda, que parece obvia, pero no lo es: el mundo se divide en dos, los que hacen cosas y los que no. Lo demás es literatura, que también está muy bien aunque, como de la música, tampoco se pueda vivir de ella. Así están los tiempos.

Ahí tenemos a Miguel Ríos, se vino a Madrid desde su Granada natal siendo un chaval, dejando un trabajo decente como vendedor de telas en unos almacenes, porque estaba poseído por el demonio del *rock & roll*. Comenzó, siendo un adolescente, cantando en las matinales del Price, y todavía sigue subido al escenario, a pesar de haberse retirado un par de veces. No le preguntes: “¿por qué?”, quedarás como un gilipollas, evidenciarás que eres de los que “no hacen cosas”. Como decía Gila cuando provocaba una carcajada: “Mañana voy yo adonde trabajan ustedes y me río”.

La música: Un mundo para los que creen que la libertad no es una palabra escrita en la pared.

Y punto.

EL GRAN WYOMING

## INTRODUCCIÓN

“¡Eh tío! ¡Hagamos un grupo de rock!”. Aún recuerdo esa frase perforando mis oídos. Yo contaba por aquel entonces con veinte añitos de los de *kalimotxo*, futbito y fiestas universitarias, y esperaba la llegada del sábado como auténtico maná. El sábado, sí. A las once de la mañana. “Aquí comienza *La bella y graciosa moza marchose a lavar la ropa*, tu programa en Irola Irala Irratia”. Sonaba entonces el “Once Upon A Time In The West” de Dire Straits y se declaraba la guerra, nuestra guerra, contra el Bilbao más previsible.

La emisora sobrevivía en unos baños públicos del barrio de Irala y lo hacía de forma ilegal, requisito este fundamental para entrar a formar parte de la esfera alternativa.

Era la última década del siglo xx y aún se desconocía el significado de la palabra *reciclaje*, así que convivíamos con restos de metralla: litronas medio vacías, ceniceros repletos de tabaco negro, porros apurados hasta el cartón de la boquilla... El olor a lejía de los baños que precedían a la estancia se diluía con el de la cerveza que impregnaba el habitáculo y la mezcla perduraba hasta nuestra llegada, minutos antes del comienzo del programa. Entonces, mientras uno ventilaba, otro mostraba orgulloso un taco de vinilos bajo el brazo con cuidado de no dejar ver a los autores, sorpresa reservada para el momento en el que entrara en la pecera. Ese instante, el del relevo en los mandos de la mesa de sonido, ocurría cada media hora. Las canciones iban y venían en disco, cinta y CD, mientras el resto se sentaba en la mesa exterior microfonada con

la idea de adivinar quién cantaba qué, tarea, por otro lado, sin mucho misterio. Había puntos en común como Mike Oldfield, los Travelling Wilburys o la ELO, y aunque más allá, Leño, Baldin Bada o La Polla Records pertenecían a su padre y a su madre, en general todas eran bandas conocidas por el gran público. Predominaba el rock, sonaba algo de folk y el grunge empezaba a golpear directo a la mandíbula. Era la primavera de 1992 y Nirvana se revelaba como algo más que un estado celestial.

Los *riffs* violentos de los chicos de Seattle llegaron a la emisora en forma de cinta casete virgen TDK. Fue Javi el que la trajo y aún recuerdo su cara hinchada de orgullo tras el cristal de la cabina: “¡Mirad lo que me grabé ayer de Radio3!”. La recibimos con aire escéptico, pero era más una pose que otra cosa porque sabíamos que podía ocurrir, que aquello podía ser bueno. Tenía ese don especial que le hacía ver diamantes donde el resto percibía piedras y en algún compartimento de su cerebro tuvo que quedar abandonada una gran carrera como productor. A él le debo parte de mi espectro musical. Y menos mal. Menos mal que no me quedé en la radiofórmula.

Porque algunos discos tenían que hacer viajes de ida y vuelta para quedarse en casa. El *Decade* de Neil Young o el *Ten* de Pearl Jam no sonaban como el resto y chocaban con mis patrones aprendidos. Por primera vez yo pasaba a ser un elemento activo, no pasivo, ante la música y descubría sus dos variedades: la que entra sola y la que necesita que le abran la puerta.

Claro que no todo era pentagrama en el reino radiofónico. También respiraban el humor absurdo, la improvisación y la parodia. José María García, Gloria Fuertes o Félix Rodríguez de la Fuente despachaban a gusto las llamadas (pocas) que revolucionaban nuestro organismo, sobre todo si la voz entrante resultaba familiar (las menos). Mi madre y mi hermana decían que éramos buenos, pero no destacaban como líderes de opinión, así que nos quedamos solos el día en el que la “cúpula” de la emisora se cansó.

Para nosotros, aquello fue tráfico de influencias. Para ellos, una muestra de amor. La novia del coordinador tenía un patético espacio infantil en la hora previa y decidieron dilapidar cruelmente nuestro horario.

“¡Ah! ¿Que no os han avisado? Ahora tenéis solo una hora”.

“¡Ah! ¿Que no os han avisado? Ahora tenéis solo media hora”.

“¡Ah! ¿Que no...?”.

“Adiós. Vale. Sí”.

Lo que ella no sabía era que para entonces ya teníamos un nuevo juguete.

La frase del comienzo, la que se me quedó taladrada, apareció en mi vida gracias a Jim Morrison, (cuyo personaje interpretaba el actor Val Kilmer) en la película que rinde tributo a su banda, *The Doors*. Y me marcó. Vaya que sí. Primero, porque lo decía uno de mis ídolos de la época, el icono del desfase por antonomasia.

Segundo, por lo fácil del proceso. Me explico. Lo decían en la playa y debía de ser algo así:

“—¡Sí, tío! ¡Hagámoslo ya! ¡Los frentes están ahí! ¡Vietnam! ¡La gente quiere cagar o morir, luchar o follar! ¡Hagámoslo!”.

Y en la siguiente escena sonaban los primeros acordes de *Light My Fire*.

Tercero, porque la escuché a través del Dolby Surround System, un desconocido hasta entonces sonido envolvente que duraba días en el pabellón auditivo.

## ESCUELA DE CALOR

“Cuando empiezas, piensas que tocas en un grupo de rock para ligar, divertirse y coger pedos, pero es un veneno que se te mete dentro”.<sup>1</sup>

Johnny Cifuentes, cantante de Burning

Nadie conoce tan bien a Bruce Springsteen. Steven van Zandt compartió con él sus inicios en la música y sabe de lo que habla: “Conozco a este tío desde hace... ¿Cuánto? cuarenta y cinco años, y todavía me hace reír. El otro día se marcó un solo de piano con la oreja. Lo ves y dices: qué gracioso... pero es que ¡no falló ni una nota!”, reflexiona.<sup>2</sup>

Little Steven es todo un personaje. Alto, corpulento, adicto a las camisas de flores y a los pañuelos en la cabeza, es inevitable acordarse de su papel de Silvio en la serie *Los Soprano* y pensar que esa mirada penetrante es la de un gánster malnacido que en cualquier momento te puede cortar el cuello. Resulta que no. Que se parece más a alguien que tiene como objetivo reírse en cualquier conversación.

Noel Gallagher es diferente. Nada de ropa holgada, responde con los brazos cruzados y piensa más las respuestas, como si dependiera de ello su entrada en la “enciclopedia de frases célebres del rock”. Es

---

1. Johnny Cifuentes a Salvador Domínguez en *Los Hijos del Rock*, 2004, p. 49.

2. Entrevista con el autor para La Sexta Noticias, gracias a Iván Guillén, periodista de *Rockrockradio*, 18 de junio de 2012.



consciente de que es una estrella y le gusta demostrar su dureza soltando barbaridades sin cambiar el rictus. Eso de tocar tres horas como Springsteen no va con él: “¡Está jodidamente loco! Un concierto ideal para mi serían cuarenta y cinco minutos. No aguanto más y si lo hago es porque la gente paga dinero”, proclama.<sup>3</sup>

Los dos, Van Zandt y Gallagher, reflejan qué es lo más importante para montar una banda de rock: la convivencia. Van Zandt no se cansa de tocar con el *Boss* en la E. Street Band. Gallagher se pasó dos años sin hablarse con su hermano y Oasis desapareció.

No sé de dónde les vino a los de Manchester esa necesidad de llamar la atención, pero en mi caso ya de pequeño era bastante chulito y arrogante. Algo afectó a mi cabeza cuando con cuatro años me caí de la mesa en la que compartía cena con mi hermana. Me desperté de madrugada, empapado de sudor y fiebre, pero, previamente, según comentó mi madre, tuve una serie de espasmos que ni la niña del exorcista. Algo hizo “click” en mi interior, me volví un rebelde, y Tom Sawyer y Huck Finn se convirtieron en modelos de vida.

Veraneábamos en Villarcayo, un pueblo de Burgos que, además de carnicerías y bares, tiene aire puro, una ventaja nada desdeñable en los años cincuenta. Mi madre y mi tía eran alérgicas y el médico recomendó la localidad a sus progenitores como antídoto estival al humo del Botxo.

Se puede decir que aquellos veranos fueron la parte más feliz de mi infancia. Solo pasaba por casa para comer y dormir, una dinámica aventurera en la que Javi entró al llegar a la localidad. Él tenía entonces nueve años, uno más que yo, y no le costó adaptarse, porque sus primos ya eran de nuestra cuadrilla. Se mostraba como un tipo pacífico y gracioso, de esos que no necesitaban pegarse para ser respetados. Esa cualidad le abría un sitio privilegiado en los grupos y daba mucha rabia, porque otros sí que teníamos que ser agresivos de vez en cuando para que no nos humillaran, incluso sabiendo, como en mi caso, que tenía todas las de perder. Me consolaba diciendo: “Si nos pegamos, la próxima vez le dará más pereza insultarme”.

---

3. Entrevista con el autor para Antena 3. Noticias, 12 de febrero de 2009.

Mi padre me enseñó el “golpe maestro” de la familia. Un amago de puñetazo al hígado que acababa en crochet de derecha a la mandíbula. Nunca llegué a ponerlo en práctica, porque pronto me di cuenta de lo que su uso significaba: verdadero daño. Lo reconocí un día a la salida de la catequesis. Un tipo que había llegado nuevo al colegio me metió un par de directos. En vez de responder con el “golpe maestro” me quedé bloqueado. No era la clásica lucha libre con tortazos que se me daba bien, era dejar paso al dolor, y eso no molaba. Me acojoné.

Por suerte, la lucha era lo habitual y acababa pronto, sin sangre, cuando uno conseguía inmovilizar al otro en el suelo. El boxeo quedaba reservado para los más duros y la cosa seguía hasta que alguien se retiraba o un tercero separaba, pero eso sí, con nobleza y sin ensañamiento. No podíamos imitar lo que no habíamos visto. Las películas llevaban uno o dos rombos y los videojuegos se reducían a dos palitos y un circulito en medio que simulaban un partido de tenis.

Esa parte violenta, de todas formas, tampoco nos importaba mucho. Casi siempre ganaban los mismos y así se mantenía el orden. Era *vox populi* que Jorgito ganaba a Manolito y este a su vez ganaba a Pepito.

Pasó el verano y llegó el horroroso otoño gris tan típico en el Bilbao de los 80. Vivíamos en un piso con una terraza enorme pegada a las vías del tren, donde hoy hay una avenida. Desde allí podía ver ratas pululando por la espesura que rodeaba todo el ferrocarril y de vez en cuando bajaba con otros chicos del barrio a poner piedras en la vía, con la esperanza de que un pequeño canto descarrilara aquellos mastodontes de mercancías. A veces nos cruzábamos con algún quinqui de Rekalde o gitano de Otxarkoaga (el Bronx de la época) que nos quitaba algo de dinerillo, aunque yo nunca llevaba nada. Uno llegó a decirnos: “Si os preguntan, decid que ha sido el Torete”.

La vuelta al cole significaba volver a ese hábitat y romper con los amigos del pueblo. No nos volvíamos a ver, salvo para jugar algún partido de futbito entre las escuelas, una circunstancia que formaba parte más de lo casual que de lo cotidiano. En mi caso, de lo cotidiano. Me tocó jugar contra Javi.

La mía era una generación con suerte, la primera que podía jugar un partido de fútbol en todo el patio. Hasta entonces había que dri-

blar los árboles que alguien decidió talar para poner ahí la cancha de baloncesto.

El primer partido fue en el colegio de Javi, en una montaña de Rekalde. Cuando vi el entonces Camilo Alonso Vega (nos tocó toda la transición de nombres franquistas a apelativos vascos y en poco tiempo pasó a ser Artazu Goiko), me alegré muchísimo de pertenecer a mi escuela. Aquello era inmensamente alto. De hecho, la mayoría de los balones se perdían cuando salían fuera del recinto. Caían colina abajo y nadie quería ir a por ellos porque podía hacerse de noche volviendo.

No hubo color. El equipo de Javi nos arrasó 11-1 en la ida y la vuelta fue aún más sangrante: 18-1. Es cierto que eran un año mayores y que, además, la catástrofe podía haber sido peor porque él jugaba de portero (menudo trauma si llega a meter ocho goles), pero aquello marcó nuestra relación para siempre. Me prometí ganarle a lo que fuera y desde ese momento pasamos a competir en todo. Se convirtió en un tío influyente del que me gustaba aprender y mientras el resto despertaba su adolescencia hacia el sexo, nosotros seguíamos en el “País de Nunca Jamás”. Jugar, jugar y jugar.

Paradójicamente me apunté a solfeo en el colegio porque había muchas chicas que alegraban el ojillo. Solo éramos tres tíos y demostrábamos tan poco interés por la materia que la profesora nos apartó de hacer el examen final en el conservatorio. Me tocó el orgullo, así que me aprendí de memoria casi todas las piezas, me presenté y aprobé sin tener ni puta idea del compás. Al año siguiente mis colegas no siguieron y decidí dejarlo, muy a mi pesar. Siempre me he arrepentido.

Llegó el acné y con él las inhibiciones-desinhibiciones propias de la edad. Entonces sonaba un tema, “Sultans of Swing”, y nos lanzábamos como posesos a la pista de baile, que a su vez no podía estar más vacía, porque no había Dios que bailara eso. Solo nosotros con nuestros punteos aéreos, que eran lo más parecido a las hombreras de la época, una moda “cool” para olvidar. Así aprendimos a tocar la raqueta antes que la guitarra. Y la guitarra antes que cualquier zona erógena femenina.

Javi se hizo con una española, de esas que había en las casas de la época. Estaban ahí, con funda de cuadritos a juego con las faldas de los

colegios de uniforme, olvidadas en las esquinas porque la hija de turno se había cansado de las clases particulares. Y como guitarra llama a guitarra, no pasó mucho tiempo sin que Javi conociera a un músico más avanzado, y moderado en sus imitaciones a Mark Knopfler.

Se encontraron por primera vez en nuestra zona residencial, Las Casas Rojas de Villarcayo. Txema apareció con el instrumento de las seis cuerdas y se detuvo delante de la campa anexa al edificio en el que vivíamos. Sobre la hierba, Javi buscaba el pinchazo de su Rabasa Derby mientras introducía la llanta en un barreño de agua. Las burbujas delatarían el agujero culpable de la pérdida de aire, pero era esa una mecánica tan aprendida que cualquier cosa podía distraerle de la tarea. En realidad, deseaba que cualquier cosa le distrajera y se fijó en Txema antes de que este le preguntara:

“—Perdona, ¿cuál de estos bloques es el primero?”

—El de la derecha. ¿A qué piso vas? —Javi odiaba que los porteros de los portales le hicieran esa pregunta y, por eso, a veces, disfrutaba averiguando si a la gente le sentaba igual de mal que a él.

—Gracias. ¿Eh? Al 3º B.

—Ah. Bien. Adiós.

—Agur”.

Txema se alejó del lugar y Javi se quedó pensativo sin prestar atención a las burbujitas que en ese momento rompían la superficie del agua:

“—¡Coño! ¡Pero si ese es el mío!”

El tipo había ido a ver su hermana, que a la postre se acabaría convirtiendo en la esposa de Txema.

Es curiosa la rapidez con la que los músicos se acaban conociendo. Especialmente en lugares pequeños, como el pueblo de veraneo. Si alguien dice: “Hay un tío en no sé dónde que tiene un xilófono”, en dos días ya están tocando.

Mi encuentro con Txema también tuvo bicicletas de por medio. Durante esa época montamos una carrera en plan amigotes, con equipos, cámaras y coches de apoyo. El hermano de Iñigo Cuesta, otrora corre-

dor de la ONCE, se encargaba de los perfiles de etapa y a veces él mismo entrenaba con nosotros. En mala hora. Cuando eso ocurría temblábamos los rezagados. Éramos conscientes de que habría corte en cuanto él se pusiera a tirar. Tocaba un “cógeme si puedes” a lo bestia, el pelotón se partía y los últimos veinte kilómetros se hacían en solitario peleando por no llegar el último.

Txema corría en mi equipo. Era buen ciclista, en invierno se había federado en La Baracaldesa. Reconocí en él a un tío juicioso y con el tiempo se convertiría en el carismático del grupo. Nadie sabía tanto de música y aluciné la primera vez que le vi sacar una canción de oído.

Los dos, Javi y Txema, se empezaron a reunir en casa del primero y un día me uní yo. Mi abuelo me había regalado su vieja guitarra española y quería sacarle partido. Yo era de los que ponía la cadena a “trillón” para imitar a Mick Jagger saltando ante cien mil personas, pero aquello de la guitarra... tenía algo, no sé; molaba más. Me presenté y empezaron a tocar “Patience”, de Guns’n’Roses. Intenté seguir el movimiento de sus dedos en cada acorde, pero el conjunto resultó peor. Javi tuvo la lucidez necesaria para armonizar la situación. Sabía que yo tenía buena memoria para las letras y lo que me dijo entonces marcaría un antes y un después en mi vida:

“—¿Te la sabes? Cántala.”

Ahí empezó. Por obligación más que por devoción y con la sensación de guitarrista frustrado que aún no me ha abandonado, pero con un punto liberador, asequible y prometedor.

Lo cierto es que después de aquella vez no me volvieron a llamar, pero daba igual, yo siempre me acababa enterando de cuándo tocaban y me unía a la fiesta. Era el único que tenía jeta para cantar, para escribir algo y compartirlo, así que por inercia llegaron algunas composiciones.

Costó encontrar el equilibrio. Durante meses sonamos a misa juvenil de seis de la tarde y reconocerlo me llevó a otra conclusión aún más evidente. No éramos una banda. Tocábamos de vez en cuando, pero Javi y Txema no solo lo hacían conmigo. Quedaban con otros guitarristas y yo era su perrillo faldero. Con motivo. Sabía que ahí se estaba cociendo algo y quería que me pillara cerca.

Fue un verano de lonjas, cervezas y guitarras españolas. Apareció Jon, un veraneante de Cigüenza que tocaba con mucha técnica y, además, cantaba, con unos agudos imposibles, casi de pajarillo. También se unió alguna vez Alfredo, el hermano mayor de un amigo común. Era un tío curtido, que molaba. No superaba a Txema con la guitarra, pero tenía *feeling* y sabía un huevo de música. Él me enseñó que sonaba mejor decir “Los Stones” que “Los Rolling”. Solo le vimos ese verano. Años después nos enteramos de que había muerto de sobredosis.

Entró el otoño y seguíamos sin rumbo fijo. Yo cada vez me veía más apartado y seguía sin poder tocar la guitarra. Entonces ocurrió lo que ha sido una constante en mi vida: dejó de interesarme y volvió de golpe. Apareció la segunda “t”.

Taru no pertenecía a nuestra cuadrilla, pero andaba cerca. Era el pequeño de una saga de nadadores, mayor que nosotros y lo veíamos con aire de admiración. Se daba un aire tranquilote, cuadrado como un robot, y no era raro verle acompañado de niñas monas, aunque luego, en las distancias cortas, era muy tímido con ellas.

Trajo las cosas claras. Quería montar una banda y lo dijo sin rodeos. Me sorprendió que me incluyeran en el proyecto y ni me lo pensé porque percibí ilusión sincera. Para entonces ya tenía claro que sin el pragmatismo de Taru, tres idealistas como nosotros no íbamos a avanzar. Además, no venía solo.

Lo hizo con Ori, un clásico, también mayor, que andaba más con mis primos. Tenía su chalet al lado de Las Casas Rojas y formaba parte de nuestra serpiente multicolor aficionada. Generoso como nadie, le conté seis incisivos superiores en lugar de los cuatro habituales, y le marcaban todo el rostro. Entre él y Taru consiguieron batería, bajo y local, todo de golpe, y el grupo empezaba a serlo de algún modo. Era octubre del 92 y ya solo necesitábamos un equipo de sonido a medida.

© del texto: Alberto Cueto Ron, 2019  
© del prólogo: El Gran Wyoming, 2019  
© de esta edición:  
Milenio Publicaciones SL, 2020  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida  
Tel. 973 23 66 11 - Fax 973 24 07 95  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com

Primera edición: enero de 2020

Impresión:

Arts Gràfiques Bobalà, S L  
Sant Salvador, 8  
25005 Lleida  
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-894-0

DL: L 3-2020

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.